

concurrancia ininteligible de lo uno y de lo otro: cuestiones que agitaron en vano á algunos críticos; pues bastaba la jurisdicción ordinaria de los obispos británicos que invocaban el socorro de sus vecinos.

Era entonces San German la admiración, no solo de su iglesia de Auxerre, sino también de todo el Occidente, por sus conocimientos y santidad. Nacido en la Galia, de una familia ilustre, después de haberse distinguido en las escuelas de su patria, pasó á Roma para perfeccionarse en la jurisprudencia (1). Allí contrajo un matrimonio honroso, y ascendió á los mayores empleos del imperio en tiempo de Honorio que le nombró duque de Auxerre, esto es, comandante de las tropas que había en aquellas provincias. Sin embargo de haber tenido una educación tan cristiana, la olvidó después tanto, que vino á ser el azote de su santo obispo Amador; y aun llegó un día hasta amenazarle con la muerte, lleno de despecho y rabia porque el celoso prelado había mandado derribar en medio de la ciudad un árbol, en el que colgaba German las cabezas de los animales que mataba en la caza, con gran escándalo del pueblo, que era testigo de estas reliquias de las supersticiones paganas. Amador le dijo con una tranquilidad que le daba desde entonces el presentimiento de lo que poco después conoció con mas claridad: *no, no moriré á tus manos*. Tuvo revelación de que se aproximaba su muerte y de que German ocuparía después su Silla Episcopal; revelación tan profética y cierta que, aunque guardó el mayor secreto, pasó á Autun á visitar al prefecto de las Galias y obtuvo el necesario beneplácito para elegir al duque German por obispo de Auxerre.

Luego que regresó á su iglesia reunió á los principales ciudadanos á cuyo frente

(1) Bibl. Labb. tom. 4, pag. 114.

estaba German; les declaró que le quedaba poco tiempo de vida, y que el cielo había elegido á su duque para sucederle en el episcopado. En el mismo instante le rodea con su clero, le exhortó á que se hiciese digno de su elección y le cortó los cabellos. Pasado muy poco tiempo murió Amador; y German, electo unánimemente, se vió obligado á pesar de su resistencia á aceptar la dignidad episcopal que conservó por espacio de treinta años, en los cuales no cesó de aumentar la grande reputación de doctrina y virtud que hizo tan célebre el nombre de San German de Auxerre, sexto obispo de esta silla.

Revestido que fué de esta santa dignidad, se conoció visiblemente la vocación divina á vista de la entera mudanza de su conducta. Este señor tan altivo y delicado poco antes, se vistió inmediatamente de una tela grosera, privóse del vino, de la carne, de todo manjar condimentado y aun del pan de trigo, reduciéndose al de cebada para único alimento; y aun este no lo tomaba hasta llegada la noche, y no pocas veces después de muchos días consecutivos de haberse privado de toda comida. Sus bienes los donó perpetuamente á la Iglesia y á los pobres, y en lo sucesivo solo miró á su muger como hermana. Consistía su lecho en algunas tablas sobre las cuales estendía un cilicio, tratando á su cuerpo tan dura é indiferentemente, que nada variaba en el vestido á pesar del rigor de las estaciones. La piedad de aquel tiempo, y en particular la de las Galias, se inclinaba á fundar monasterios, donde el fervor florecía tal vez mas que nunca en todas nuestras provincias. Los mas grandes prelados se preparaban así piadosos asilos, ya para conservar el espíritu de recogimiento, ya para reanimar su fervor después de las distracciones ajenas á su ministerio, y también para formar allí sus dignos cooperadores y

sucesores. German edificó con estas miras á principios de su episcopado el monasterio de San Cosme y San Damian cerca de Auxerre, en la ribera opuesta del rio Yonne.

Nadie mas digno de ser asociado á San German para la misión de las islas Británicas que San Lupo. Se había desposado en su juventud con Pimeniola, hermana de San Hilario de Arlés; mas habiendo resuelto de mútuo consentimiento los dos esposos guardar la virginidad, se retiró Lupo al monasterio de Lerins (1). Algun tiempo después de este primer sacrificio regresó á su patria para llevarle á cabo privándose de todos sus bienes, convencido de que el mundo no presenta atractivos para nosotros, cuando la ruina de nuestra fortuna hace que no los tengamos para con él. Mas el Señor tenía distintos designios de los de su humilde siervo, pues pasando por Macon, cuando acababa de repartir el precio de sus bienes á los pobres, fué arrebatado y puesto en la sede de Troyes, vacante por la muerte de San Ursó. A los dos años de episcopado fué elegido para ir con el obispo de Auxerre á combatir los hereges de Bretaña; distinción muy honrosa en un tiempo y en unas provincias en que no faltaban prelados consumados no menos en las ciencias que en la virtud.

Precedía de tal manera á los dos misioneros una celebridad tan grande, que por donde transitaban salían á recibirles multitud de gentes. German hizo un discurso en Nanterre, pequeña aldea cerca de Paris, á aquel buen pueblo, cuyo respeto religioso le parecía esceder á lo que había observado hasta entonces en todos los lugares de su tránsito; pero lo que sobre todo escitó mas sorpresa al santo obispo, fué una jóven doncella en la que se dejaba ver alguna cosa

(1) Sup. cap. 20 Jul.

angélica y celestial (1). Dijola que se acercase, mostró mucho amor á esta niña de ocho ó nueve años, y preguntó su nombre y quiénes eran sus padres. El padre y madre de Genoveva (asi se llamaba) se presentaron al hombre de Dios, que les congratuló por haber dado al mundo una niña tan preciosa. Al propio tiempo les predijo que seria la gloria no menos que el ejemplo de su patria: preguntó después á la niña, cuya fisonomía y aspecto anunciaba una razón muy superior á su edad, si pretendia ser esposa de Jesucristo. La niña contestó que su intento era consagrarse á Dios, y pidió al obispo que la diese al punto la bendición solemne de las vírgenes. Ya había algunos monasterios de estas en las Galias; pero eran muchas mas las que vivían retiradas en casa de sus padres, llevaban el velo y unos vestidos modestos, y tomaban todas las precauciones oportunas para librarse del contagio del siglo. Para consagrar á Genoveva con toda la solemnidad que merecía, la llevó San German á la iglesia en medio de un gran concurso de gentes. Cantáronse allí salmos y otras oraciones, y mientras duraban estas tenía el obispo la mano derecha sobre la cabeza de la tierna virgen; acabada la ceremonia, la condujo á comer consigo.

Preguntóla al día siguiente si tenía presente la promesa que había hecho. «Santo Padre, le respondió, espero nunca olvidarla y observarla siempre fielmente con el auxilio de la gracia.» San German vió en el suelo al propio tiempo una medalla en la que estaba grabada la señal de la cruz: tomóla, y dándola á Genoveva, le dijo: «recibid esta señal de amistad de vuestro padre espiritual, y en memoria de mi y de vuestra promesa llevadla siempre al cuello. Ella sea todo vuestro adorno, y dejad á las hijas del

(1) Genal. Vit. S. Germ. lib. 4, cap. 300.

siglo el superfluo resplandor del oro y perdrerías; palabras que juntas al nombre romano de Severo, que tenia el padre de Genoveva, dan margen á opinar que la Santa era de familia romana y de una cunama distinguida de lo que comunmente se cree. El Santo recomendó con la mayor eficacia al padre y á la madre que la mirasen menos como un bien de que fuesen dueños, que como un depósito que se les habia confiado, y que estaba destinado á ser un instrumento de salvacion para pueblos enteros. La madre tuvo pocos dias despues pruebas bien sensibles de la verdad de estas predicciones. Aunque venerase ella á San German y confiase en sus palabras, apenas se ausentó este, cuando principió á mortificar la piedad de su hija, queriendo impedirle el ir á la iglesia hasta en un dia festivo; y se enfureció de modo que llegó á darla una bofetada. Al punto quedó ciega, y perseveró así por espacio de diez años en los cuales tuvo tiempo para reflexionar seriamente sobre las palabras proféticas del santo obispo (1), palabras que cada dia quedaban mas justificadas con las virtudes de Genoveva. Por último, dijo á su hija que la llevase agua de un pozo, que existe aún y desde este suceso es muy venerado en toda aquella tierra; la hija obedeció, y con la misma sencillez hizo la señal de la cruz sobre el agua, lavó los ojos á su madre segun se lo habia mandado, y recobró milagrosamente la vista. Cada dia se mostraba Genoveva mas humilde y mas ferviente, y á su inocencia reunió una penitencia rigorosa. Desde la edad de quince años solo comía dos veces á la semana, y sus manjares eran pan de cebada ó algunas groseras legumbres. Nunca usó de vino ni de otra bebida capaz de oscurecer la razon, y llegó á una edad

(1) Sur. ad 8 Jan.

muy avanzada. Siempre la respetaron grandes y pequeños, presentando en sí un ejemplo ilustre de la estimacion y del crédito que dan las eminentes virtudes á las personas que el mundo califica de menos poderosas. Pudo edificar una iglesia en honor de San Dionisio; y en un tiempo de carestía halló medio de proporcionar víveres á los habitantes de Paris que carecian de todo recurso.

Hicieronse á la vela mucho tiempo antes, y poco despues de su consagracion, los dos misioneros Lupo y German para la Bretaña, sufriendo en la travesia una terrible tempestad; pero San German calmó las olas echando en ellas algunas gotas de aceite bendito é invocando el nombre de la Santísima Trinidad. Ya la celebridad de los obispos les habia preparado sucesos prósperos: de todas partes corrian á oírlos con tanto anhelo y en tan gran número, que se veian precisados á predicar en las plazas y en los campos. Sin embargo, para que fuesen mas útiles los frutos de su celo, y para tomar justas medidas contra los artificios siempre renacientes de la heregia, reunieron un Concilio en Verulánico, hoy San Albano por el nombre de uno de los mas ilustres mártires de Inglaterra. Los hereges opinaron que el peor partido para ellos seria no presentarse; por lo cual concurrieron bien acompañados, con el intento de vencer á falta de razones con el aparato del fausto y de la arrogancia. Mas los santos misioneros probaron tan sencilla como sólidamente los principios de la fé divina, que obra los prodigios, añadían; y sintiéndose súbitamente inspirados por el cielo, propusieron á los pelagianos que probasen su fé en una muchacha ciega, cuyo padre, que era tribuno, habia venido á suplicar que la curasen.

Confesaron su imposibilidad; entonces los dos santos se pusieron en oracion per-

maneciendo inmóviles por algun tiempo; despues de lo cual invocando German segun su costumbre el nombre de la Trinidad, y tomando un relicario que llevaba siempre consigo, le aplicó delante de todos á los ojos de la niña, la cual recobró al punto la vista (1). Levantáronse de todas partes vivas aclamaciones en honor de German y de la doctrina que predicaba; pero lo que mas consoló su celo fue que sus contrarios le aplaudieron como todos los demas, y anatematizando sus errores se sometieron humildemente al yugo de la fé. Dirigiéronse los dos obispos á tributar gracias al Señor al sepulcro de San Albano. Habiendo mandado German que le abriesen para demostrar hasta qué punto debian venerarse estos restos preciosos de los amigos de Dios, depositó allí las reliquias que solia llevar consigo, y en su lugar tomó tierra del sepulcro de este mártir todavía tinta con su sangre.

Los dos prelados de la Galia hicieron otro beneficio á los bretones. Tenian guerra con los pictos que habitaban la parte septentrional de la isla, y que se llamaban así porque se pintaban todo el cuerpo tan ridicula como horriblemente. Eran tan bárbaros que comian carne humana, y su mayor placer era devorar los pechos palpitantes de las mugeres que caian en sus manos. Unidos á los sajones, que eran otros bárbaros á quienes habian llamado de la Germania, acometieron juntos á los bretones, que no pudiendo resistir á tales fuerzas y faltos de todo humano auxilio, imploraron el de los dos santos obispos. German sabia las reglas del arte militar que en otro tiempo habia ejercido con mucha gloria; enseñó á las tropas bretonas á valerse de estos recursos para su justa defensa; y aun pareció ponerse á su cabeza para animarlas. Pero

contando mucho mas con los socorros del cielo que con los del arte, invocó é hizo invocar al Dios de los ejércitos. Un espíritu de terror y de espanto se apoderó inmediatamente de los enemigos, de quienes alcanzaron los fieles una victoria completa, y tanto mas satisfactoria cuanto no se habia derramado ni una gota de sangre por su parte. Despues de esto tornáronse los dos Santos á sus diócesis; pero la heregia mas indómita que los bárbaros principiaron algunos años despues á turbar de nuevo las islas británicas, y San German fue llamado allí por segunda vez.

Entonces se hizo acompañar de San Severo, obispo de Treveris, y discípulo de San Lupo de Troyes. Al pasar en este segundo viaje por Paris, halló que la calumnia se habia desencadenado con la mayor insolencia contra Genoveva, á pesar de lo que habia progresado en el camino de la virtud despues de su consagracion. Visitóla en su humilde retiro saludándola con las mayores demostraciones de veneracion, que admiraron á todos y convencieron al público de la inocencia y mérito de la Santa.

No fue ni menos feliz ni menos brillante esta segunda mision de German á la Bretaña, siendo sus buenos efectos mas permanentes que los de la primera. Obligó á abjurar la heregia en todas partes por los mismos medios que antes; es decir, por la oracion, por la eficacia de su divina elocuencia, y con milagros mas frecuentes aun que en el primer viaje. Y para que en su ausencia no volviese á levantarse de su ruina, fueron desterrados lejos de la isla todos los sectarios que no dieron pruebas de una sincera conversion. No fue la Bretaña el único teatro de la gracia prodigiosa que San German recibió del Omnipotente, sino que obró despues una asombrosa multitud de milagros y resucitó muchos muertos.

(1) Cons. Vit. S. Germ. lib. 3. cap. 22.

Estos prodigios tuvieron tambien por testigo á la misma córte de Rávena, donde residia el jóven emperador Valentiniano á imitacion de su antecesor Honorio (1). Con motivo de solicitar el perdon de unos pueblos de la Armórica, culpables de rebelion, habia ido á dicha ciudad el santo obispo, y allí terminó su carrera entrado ya en dias, y en el heróico ejercicio de la caridad y de la beneficencia. Si no tuvo el consuelo de morir en medio de su pueblo, Dios lo dispuso así para dar mayor brillo á la gloria de su siervo; pues su cuerpo fué llevado en procesion con pompa y acompañado de un concurso increíble desde Rávena hasta su Iglesia de Auxerre, donde le sepultaron en un oratorio que habia fundado en honor de San Mauricio, y que fué despues la célebre abadía de San German.

Las continuas sublevaciones de los pueblos, agitaron el Imperio de una manera mucho mas funesta que las irrupciones de los bárbaros armados, que las mas veces se ponian en movimiento por la perfidia de los romanos. En los principios del reinado de Valentiniano III, ó mas bien de su madre Placidia, el valiente y orgulloso Aecio solo veía sobre sí al conde Bonifacio, y esto era ya mucho para su ambicion. Así, pues, quiso inspirar á la emperatriz desconfianza de su rival, y le imputó hasta el horrible atentado de querer hacerse independiente en Africa. «En prueba de esto, la dijo, ademas de que ya teneis noticia de su matrimonio con una princesa de la sangre Real de los Vándalos, yo sé que si le mandais venir á Italia rehusará obedeceros (2).» Escribió á Bonifacio al propio tiempo afectando tomar el mayor interés en su suerte, diciéndole que la emperatriz meditaba su

(1) Const. Vit. San Germ. cap. 15, 16, 17.

(2) Procop. lib. 1 de Bell. Wandal. cap. 3.

perdicion, y que si le llamaba á Italia se guardase de venir.

Era Bonifacio hombre de probidad, de religion y aun de piedad; de modo que anhelando renunciar el mundo para abrazar la vida monástica, le disuadieron de ello San Agustin y San Alipio, convencidos de que contribuiría mas al servicio de Dios conservando sus dignidades. Empero si es heróico existir en medio del siglo y servir á otros de defensa para evitar el contagio, es tambien mas arriesgado este destino aunque tan glorioso. El conde Bonifacio no logró preservarse de este peligro, y cediendo á los atractivos de la sensualidad se casó en segundas nupcias contra el voto que habia hecho de castidad despues de la muerte de su primera muger. Hallándose ya tan vacilante su virtud recibió la pérvida carta de Aecio, y cayó en este nuevo lazo. En vez de obedecer la órden que le llamaba á la corte, se propuso resistirse abiertamente. Esperó á pie firme las tropas que el emperador enviaba contra él, y batió á sus generales en muchas refriegas. Pero no obstante estos sucesos tan favorables, temiendo que al fin quedaria oprimido, trató con los vándalos para atraerlos al Africa. Estos bárbaros, que apenas habian conseguido un establecimiento en España, donde el poder de los visigodos superaba en mucho al suyo, oyeron gozosos las proposiciones de Bonifacio, y pasaron el estrecho sin detenerse (a).

(a) Dijimos ya en una nota al libro 12 que los vándalos habian fijado su residencia en la Bética ó Andalucía por los años 411. Pues bien: mientras vivió Walla rey de los godos, y con sus ejércitos tuvo sujetos á los demas bárbaros, los vándalos continuaron tranquilos en sus posesiones, y aun ajustaron paces con romanos y godos. Pero despues de la muerte de aquel héroe, que en 419 falleció en Tolosa, capital entonces de la Galia gótica, comenzaron de nuevo á inquietarse los feroces habitantes de la Bética. Gunderico, rey de los vándalos, concibió el audaz proyecto de apoderarse de toda España, y con este objeto atacó á los suevos, los derrotó y obligó á huir; pasó en seguida con un grueso ejército á las islas Baleares, y las puso á sangre y fuego, tornándose otra vez á tierra firme. En el año 425 aso-

Entretanto San Agustin no cesaba de escribir al inconstante Bonifacio, para retraerle de sus estravíos y hacerle conocer la vanidad de los bienes mundanos. Hállase en una de estas cartas el pasage siguiente: «orad al Señor, que puede sacaros de las mayores necesidades, para que algun dia podais lo que al presente no podeis (1).»

laron los mismos vándalos á Cartagena, desde cuya época, dicen varios antiguos historiadores se trasladó la dignidad y preeminencia de aquella ciudad á la de Toledo. De estas palabras han querido inferir algunos que se transfirieron los derechos de metropolitano, que suponen tenia antes el obispo de Cartagena, y que entonces principió á ser metropolitana la Silla de Toledo. Pero Ambrosio de Morales en el lib. 11, cap. 40, á quien siguen otros muchos de la mejor nota, entienden aquellas palabras de la preeminencia y jurisdiccion temporal que tuvo antes Cartagena sobre la provincia de su nombre; por manera, que segun estos, Toledo estuvo sujeta á Cartagena en el gobierno civil, y Cartagena á Toledo en el eclesiástico, toda vez que nunca se da el título de sufragáneo al obispo de Toledo y sí el de metropolitano. Sobre este punto puede verse el P. M. Florez (tomo 5 de la España Sagrada), que trata este punto con bastante estension y se hace cargo de lo que sobre el particular escribieron Ambrosio de Morales y otros autores.

Destruída Cartagena, y ensoberbecidos los vándalos con sus victorias, acometieron á los silingos que habitaban parte de Andalucía, talaron sus campos y ciudades, apoderáronse á la fuerza de Sevilla que era su capital; y habiéndola puesto á saco, quiso Gunderico, bárbaro y arriano que era, destruir y robar la gran Iglesia de San Vicente mártir, muy notable entonces por sus riquezas y religion; pero no tardó en experimentar el castigo del cielo. Al poner el pie en la puerta del templo, cayó repentinamente herido de muerte, y por mas que se le prodigaron todos los remedios del arte, murió en el mismo lugar entre horribles convulsiones. Muerto de este modo Gunderico hácia el año 427, eligieron los vándalos por gefe de su nacion á Genserico, su hermano bastardo, y mucho mas cruel y ambicioso; llamado este en el 429 por el conde Bonifacio, pasó con toda su gente al Africa. (Puede verse el P. Mariana, lib. 5, cap. 3; y Ortiz, compend. lib. 5, cap. 1.)

En el poco tiempo que reinó Genserico en España, principió á dar muestras de su ferocidad y del cruel ódio con que aborrecía á los católicos. San Gregorio Turonense en el lib. 1 de la gloria de los Mártires, hace mencion de una santa doncella, sin expresar su nombre, á la que el mismo Genserico mandó atormentar en el ecúleo, azotar, quemar los costados, cortar los pechos, y morir por último al filo de la espada, por haber permanecido constante en la confesion del catolicismo.

Los godos, al mando de Teodoro, ó Teodorico como le llama San Isidoro, á quien eligieron en lugar de Walla, estendieron tambien por entonces los límites de su imperio. (N. del E.)

(1) August. Epist. 200, alias 70.

Para impedir que toda alma recta abuse de estas palabras, basta recordar la ocasion en que el Santo las pronunció. Habiendo contraído un nuevo enlace el conde Bonifacio, despues de haber hecho voto de continencia, y no siendo dueño de guardarlo despues de su union con una muger que le habia creído libre al casarse con él, San Agustin le dice que aconseje á su esposa la práctica de esta eminente virtud, pero sin obligarla á ella; y pida al Señor que la inspire esta resolucion para poder practicar entonces él mismo lo que habia ofrecido y lo que le prohibia observar con entera libertad la obligacion del matrimonio. Es indudable que en esto no hay nada de donde pueda inferirse que haya circunstancias en que obligándonos los preceptos nos sean de todo punto imposibles.

Las exhortaciones del santo obispo, y aun tal vez mas el haber descubierto Bonifacio la infamia de Aecio, le hicieron arrepentirse de los culpables empeños en que estaba con los enemigos del imperio. Por otra parte Placidia, que tenia presentes los antiguos servicios del conde, le ofreció un perdon completo con tal que arrojase del Africa á los bárbaros que habia atraído á ella. Pero habiendo sido muy fácil el hacerlos entrar, era muy difícil obligarlos á salir. Habían ya cobrado amor á sus nuevas moradas, y su rey Genserico, jóven, ardiente y lleno de valor y penetracion, hacia en extremo delicada toda propuesta de regreso de cualquiera manera que se le presentase. Bonifacio le ofreció desde luego dinero en recompensa de sus promesas. Genserico respondió con altivez: «yo pasé los mares en busca de un trono, y no volveré á atravesarlos con las condiciones que se me proponen.» En fin, despreció cuanto se le ofrecia; y el conde se vió obligado á recurrir á las armas, en las que fué tan desgraciado como en las negociaciones. Los vándalos habian pasado al